

Por eso «es necesario que en todas partes se renuncie a crear artificialmente una opinión pública con el poder del dinero, de una arbitraria censura, de juicios unilaterales y de afirmaciones falsas» (Pío XII. Navidad, 1945).

Muchos males y abusos se evitarían, además, si todo Estado que se preciasse de justo, o de católico, tomase en serio «el principio según el cual el Estado, sus funcionarios y las organizaciones de él dependientes están obligados a reparar y revocar las medidas que ofendan a la libertad, a la propiedad, al honor, al mejoramiento y a la vida de los ciudadanos» (Pío XII).

**P**ROPUGNAMOS también la superación de las clases sociales, último vestigio de las antiguas castas, cerradas en sus privilegios. Creemos que siempre habrá grupos sociales diversos; pero la nivelación económica y el control social de los medios de producción evitarán en el futuro la persistencia de estas diferencias que el dinero o la herencia fomentan excesivamente. Debemos saludar con alegría el hecho —como hizo el Papa Pacelli— de que «las distancias entre las clases sociales se han atenuado».

Yo me siento unido a quien —con cultura o sin ella— vive mis mismas inquietudes humanas; y sobre todo a quien quiere fundar una sociedad futura donde el trabajo sea la única base de la justicia social y no las fortuitas circunstancias de una vida de privilegio o de poder.

Digo como Etienne Borne: «Las filosofías socialistas —se refiere a las materialistas— afirman que el trabajo es una vocación universal. También, y con tanto vigor, lo afirmamos nosotros, añadiendo solamente que el trabajo no es la única razón de vivir... (porque) el trabajo tiene un fin que le es exterior: la utilidad de crear y de renovar sin cesar».

Creo que no hay libertad verdadera, sin liberación, como dice el Concilio (Iglesia y mundo, núm. 41); pero liberación tanto de la extrema necesidad en que la mayoría de la humanidad vive, como, por el otro extremo, liberación de una vida demasiado fácil, por excesivamente egoísta, sin mirar a quien carece de casi todo, como ocurre en países tales como Alemania, Suiza y Suécia, cada vez más materializados y encerrados en su egotismo.

Como pienso también que no puede haber orden verdadero en el mundo actual, si éste se consigue por violencia física o psicológica; ni justicia auténtica, sin real independencia del poder judicial.

Pedimos, sí, una ordenación profesional en los países de nuestro mundo actual, y en todos los planos de la vida estudiante, obrera, etc; como ya se anuncia, o se pide, en algunos periódicos. Pero opinamos que no debía haber más ensayos de corporaciones profesionales poco democráticas. Con los principales especialistas que estudiaron la Encíclica *Quadragesimo Anno* —como Calvez, S. J., monseñor Guerry, y los padres Guissard y Villain— pensamos que «Pío XI acoge con expresas reservas el monopolio sindical que instaura el corporativismo fascista y no se olvida de reivindicar con gran calor, para los trabajadores, la facultad de asociarse libremente en relación con las finalidades que ellos mismos se asignen» (padre Müller, S. J. Notas de Economía política). No es extraño entonces que una revista especializada haya hecho notar la existencia de una posible contradicción de interpretación histórica en este punto, en un documento recientemente publicado.

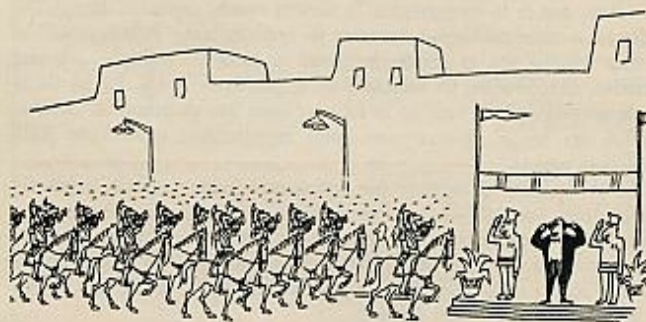
La Iglesia universal —contra lo que algunos piensan— ampara y protege no sólo a la extrema-derecha, como hizo en otros tiempos, sino que hoy muestra una inclinación decidida a las posturas de izquierdas. No por oportunismo, sino por amor a los hombres de hoy.

Cuando visité en Roma al teólogo del Patriarca Máximos IV, Elias Nijmé, en noviembre de 1965, me preguntó: «¿Es usted un intelectual de izquierdas o de derechas?». Y yo, con un poco de timidez porque desconocía su reacción, le contesté: «Yo más bien me podría clasificar como de izquierdas». Y él me replicó: «Entonces podemos hablar, porque la Iglesia necesita hombres que piensen abiertamente en todos los órdenes».

Somos nosotros, los seglares católicos —cada vez más numerosos— que hemos hecho una opción de izquierdas en la vida —no específicamente política, sino humana y cultural—, los que en la modestia de nuestra aportación impulsamos a la Iglesia a mostrar —aunque sea en germen— una nueva faz dinámica, abierta, desprendida y sin humanas apoyaturas.

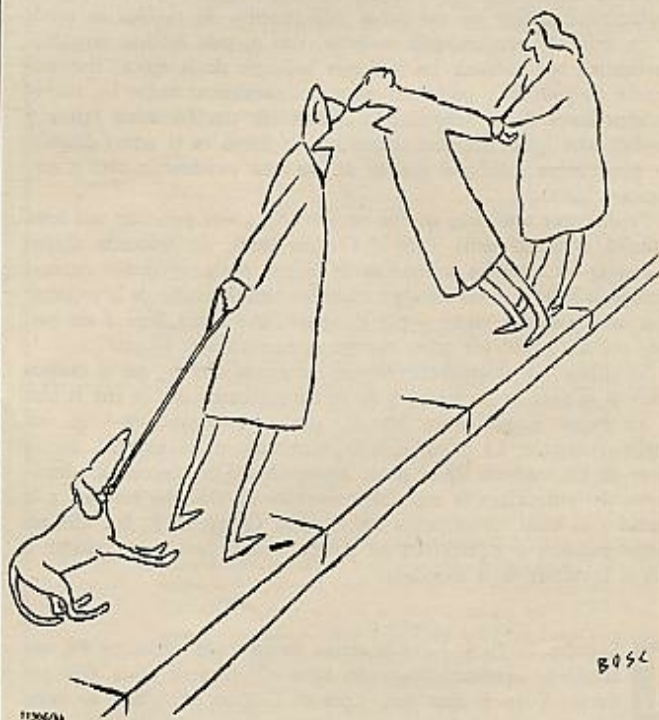
Y nadie podrá decir que la Iglesia se opone a ello; ahí están los textos que cito para demostrarlo.

E. M. M.



BOSC

11/1967/41



BOSC

11/1967/41



BOSC